

Ciento cuatro años de antropología mexicana

Luis Vázquez León*

Introducción

Si convenimos en considerar al año de 1910 como el inicio de la antropología profesionalizada en México –dado que entonces se fundó la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas–, entonces pretender ofrecer una visión de conjunto de esta ciencia social implica referirse a más de un siglo de prácticas e ideas de diversa índole, en que lo mismo puede haber fundación de instituciones que rupturas, escándalos, cotidianidad, producción de obras clave y una inmensa cantidad de literatura que en realidad hace normal la actividad en conjunto, e incluso la constitución de unas comunidades virtuales –asociaciones, congresos, redes, entre otras– que se sobreponen a los conflictos más profundos.

En lo que sigue no intento hacer un recuento histórico pormenorizado de un siglo de avances y retrocesos, sino más bien reflexionar, tal como hemos venido haciendo varios autores (Vázquez, 2002; Giglia, Garma y De Teresa: 2007; Krotz y De Teresa: 2012), sobre qué ha sido, sobre qué es y sobre qué será la antropología tras un siglo de existencia.

En sus orígenes, la profesionalización de esta ciencia social coincidió con una escuela que desapareció. No obstante que se trató de un esfuerzo incipiente por internacionalizarse, más tarde este intento fallido fue relevado hasta la fecha por una escuela de orientación nacional. Más aún, después han sobrevivido, en forma casi simultánea, una treintena de nuevas escuelas, institutos, colegios y un centro de investigaciones. Eso haría pensar, de modo complaciente, que el futuro de esta disciplina se encuentra plenamente asegurado. Y deberíamos celebrarlo. Pero antes de instalarnos en un área de seguridad y confort ontológicos, habría que recordar que venimos de un fracaso inicial y que la mayor institución antropológica en México, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, con 950 investigadores en su planta, vive en continuas dudas sobre su persistencia. Y que ellos no son los únicos. En los momentos en que escribo, el Sistema Nacional de Investigadores (SNI), que constituye el sostén de la élite científica mexicana, se halla en revisión por parte del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) a raíz de la creciente percepción de la ineficacia del juicio o evaluación de pares en el que descansa su membresía. Algunas medidas correctivas ya han sido tomadas, aunque cabe preguntarse si habrá más en el futuro.

Tal vez haya llegado el momento de hacer un balance provisional de ese siglo de antropología, si vislumbramos una renovación relevante. La orientación nacional o internacional es una disyuntiva básica, pero hay otras pendientes, como la gubernamental o la académica, o aquella otra de sobrevalorarnos de modo comunitario cuando la exigencia puede estar fuera de la profesión.

* Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Unidad Occidente (lvleon@prodigy.net.mx)

**La antropología gubernamental,
¿sobreseída por la académica?**

He pasado la mitad de mi vida profesional en cada una de las dos maneras en que la antropología mexicana se ha constituido, y veo en ambas tanto problemas como aciertos, por lo que no superpondría una a la otra. De hecho, pienso que ambas son necesarias y se requieren entre sí. En términos numéricos las diferencias son evidentes y hasta contradictorias a mi pregunta. Mientras que el INAH reúne a 950 investigadores –arqueólogos, historiadores, etnohistoriadores, lingüistas, antropólogos físicos, etnólogos y antropólogos sociales–, a los que es preciso agregar a 250 investigadores “no basificados” –es decir, aún sin contratación permanente–, el CIESAS sólo reúne a 148 investigadores –antropólogos sociales, historiadores, lingüistas y sociólogos–. La planta de ambas instituciones –emblemáticas de la antropología gubernamental y de la antropología académica, respectivamente– indica que no crecen al mismo ritmo ni existe la misma demanda profesional en cada una. De hecho una requiere personal muy calificado, mientras que la otra prefiere al personal especializado, de calificación variable.

Para empezar es necesario desdibujar con firmeza la concepción de que una y otra antropologías son antagónicas. Difieren, sí, aunque poco a poco se van asemejando. El origen de esta percepción antagónica son dos conflictos internos que provienen de dos rupturas profesionales, una ocurrida en 1943 y la otra en 1968. En ambas, grupos de antropólogos innovadores –muchos de los cuales optaron por llamarse “antropólogos sociales críticos”, si bien en 1948 asimismo hubo dos arqueólogos destacados– entraron en conflicto por adoptar visiones distintas a las del pensamiento dominante prohijado por el entonces director vitalicio del INAH, quien introdujo un lenguaje denigratorio contra sus opositores, pero también contra otros de sus colegas cercanos.

Es muy posible que de este estilo autoritario provenga la práctica del arqueólogo enemigo, pero asimismo del colega enemigo, al que hay que ignorar, ofender y, sobre todo, jamás leer, lo cual incluye la práctica de nunca citarlo en los textos académicos, es decir, de no reconocerle mérito alguno. Esta práctica nulificadora existe tanto en las instituciones gubernamentales como en las académicas, por las cuales no sólo me refiero al CIESAS, sino también a las escuelas universitarias esparcidas por el territorio nacional.

A la postre, los dos conflictos referidos indujeron a crear nuevas instituciones y escuelas, que representa la parte más positiva de su desenlace. Del INAH se desprendió el Centro de Investigaciones Superiores (CISINAH), en 1973, y de éste surgió el CIESAS, en 1980, sin que por esto dejara de mediar un conflicto personal entre sus primeros dos directores (Téllez-Girón y Vázquez, 2013). Dicho de otra manera, de la antropología gubernamental emergió un segmento importante de la antropología académica de hoy. Asimismo, a las escuelas iniciales ubicadas en varios estados –Yucatán y Veracruz; luego Puebla y Chiapas– las sucedieron otras escuelas mucho menos parecidas a la ENAH —a excepción de la ENAH Chihuahua, que de todos modos al principio sólo se ocupaba de la antropología social aplicada–, existente desde 1939, aunque ésta tuvo una breve vida académica dentro del Instituto Politécnico Nacional.

Por mucho tiempo la antropología de la ENAH y la demanda institucional del INAH se confundieron, incluso cuando se creó el Instituto Nacional Indigenista (INI), en 1949, que de todos modos requirió de un perfil aplicado y una instrucción etnológica formativa, y que terminó transformado en un campo de la antropología social. La oferta académica creció con mucha lentitud en la UNAM, y el verdadero cambio ocurrió hacia finales del siglo XX, cuando los antropólogos se abrieron paso en las universidades públicas estatales, así como en cuatro colegios con influencia de El Colegio de México. Muchas historias pioneras se cuentan al respecto. Incluso sobre el fracaso del Colegio del Bajío.

En cierto modo, ambas maneras de practicar la antropología se han ido acercando, copiándose estilos. Muchos de los investigadores del INAH, incluso los más ligados a la administración patrimonial –zonas arqueológicas, museos y bienes históricos– han aprendido a gestionar recursos del Conacyt, al tiempo que el CIESAS se convirtió en “centro público de investigación”, integrado a plenitud a ese organismo central de la ciencia y la tecnología. El propio INAH se distanció de la SEP y se subordinó al Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), de modo que se atenuó la línea de demarcación entre lo gubernamental y lo académico y acaso sólo los colegios retengan cierta autonomía heredada del decreto de creación del Colmex, aunque de cualquier manera deben negociar recursos dentro de los centros públicos del sector de ciencia y tecnología. Aun así, sólo en El Colegio de Michoacán he escuchado una declaración pública de defensa de su legado humanista pese a las políticas científicas, lo cual no re-

sulta claro en el CIESAS, que ha interiorizado sin chistar las cambiantes exigencias del Conacyt.

Cierto que el aparato burocrático del INAH es impresionante, cuya sola función ocupaba varios edificios. Sin embargo, se mueve. En gran parte ese aparato se justifica por la cuantiosa masa de bienes llamados “patrimonio cultural” que debe administrar por ley. También es cierto que esa burocracia no entiende por completo las exigencias cotidianas de la investigación, sobre todo aquella que se rige por valores más académicos que aplicados, como ocurre en sus dos escuelas –la ENAH y la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México (EAHNM), antes ENAH Chihuahua– y en varios de sus departamentos de investigación, que funcionan con una relativa autonomía.

¿Qué ocurre del otro lado de la moneda? Parece que algo similar. En el CIESAS su burocracia ya tiene edificio propio. Al respecto no hace mucho Krotz y De Teresa (2012) publicaron un par de volúmenes que desean abiertamente convertirse en la continuación de los 15 editados por García Mora (1987-1988), los cuales en su momento fueron motivo de todo un elogio, monumental en sí mismo, a la antropología hecha por y desde el INAH. Por el contrario, los dos libros citados, en vez de abocarse a *La antropología en México* –título general de aquellos 15 volúmenes–, se vuelven sobre sí mismos para abordar una antropología de la antropología mexicana, pues ambos se ocupan más bien de las instituciones y programas educativos vigentes. En ellos reaparecen la ENAH y la ENAH Chihuahua, no obstante que su interés se centra en las universidades públicas y, algo en verdad novedoso, en el programa formativo de la Universidad Iberoamericana (UIA), de tipo privado y orientación jesuita.

Al leer las historias institucionales reunidas por Krotz y De Teresa uno se percata de que la antropo-

logía académica hecha dentro de la universidad pública sufre también del burocratismo universitario, asunto que en los estados del país puede resultar funesto, ya que agrega la complicación asidua de una burocracia no pocas veces subordinada a los gobiernos estatales. Por supuesto que no es el único problema; los profesores mismos generan sus propios diferendos y llegan a divergencias casi rituales, como ocurre en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), donde hay dos maestrías en antropología paralelas y en competencia de recursos, correspondientes a un instituto y a un colegio de licenciatura. Empero, lo que sí sorprende del reporte de Pérez y Arce (2012: 431-516) sobre la UIA es que trabajar bajo criterios empresariales no representa el paraíso de la privatización. Incluso dentro de la UIA se cerró una licenciatura en antropología social porque resultaba poco redituable. El mismo criterio llevó al cierre de la licenciatura en la Universidad Autónoma de Guadalajara (UAG) y hoy sólo subsiste en la Universidad de Guadalajara (UDEG), que es, por lo demás, la única licenciatura pública que se negó a participar en el proyecto de investigación conocido como “Adela” –antropología de la antropología– que dio lugar a los dos volúmenes auspiciados por la Red Mexicana de Instituciones de Formación de Antropólogos (Red MIFA) que ahora comento. Más aún, la UDEG se mantiene reacia a ingresar a esta red. Lo que se hace en esa licenciatura es de competencia exclusiva de su burocracia de profesores y de su peculiar estructura piramidal.

Aunque en el CIESAS existe una tradición retórica de informalidad que raya en el dejar hacer y dejar pasar –lo cual se contrasta con el excesivo peso reglamentario del INAH–, y que en sus orígenes pretendía mantener una burocracia reducida al mínimo posible, con el tiempo la administración de proyectos ha resultado tan cuantiosa



que ha obligado a un subrepticio crecimiento del aparato administrativo, con un funcionamiento casi autónomo. Resulta harto extraño que su Comité de Ética sea una extensión del funcionariado de la institución, cuando debería constituir un organismo por entero autónomo. Algo similar ha hecho con su sindicato, cosa que la burocracia del INAH no ha logrado hasta la fecha con el suyo. Por su parte, la gestión de recursos externos no presupuestados ha generado preocupación dentro del Conacyt debido al crecimiento que provoca en la consultoría y sus obligaciones primarias con sus clientes, en vez de la institución. A este fenómeno se le suele llamar “antropología aplicada”, pero no tiene nada en común con ella: éste es un conocimiento especializado que rara vez se ocupa de intervenir, sólo de recomendar. Varios factores actuantes estimulan este crecimiento: la entrada de *overheads* a la institución, la respuesta a una demanda por las evaluaciones de programas sociales y la propia conveniencia pecuniaria de los investigadores, casi todos con un muy alto nivel de capacitación.

En otros segmentos de la antropología académica ha aparecido una práctica análoga para remediar la falta de empleo dentro de la academia. Es muy claro que muchos egresados no encontrarán lugar en ella. Se habla entonces de “prácticas profesionales diversas”, ya sea como consultores o como peritos. El último *Boletín del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales* (2013; véase Escalante, 2002) se dedicó a ello, aunque recuerdo encuentros estudiantiles similares en la Universidad Autónoma Metropolitana. Asimismo, en la Red MIFA ha habido discusiones en torno a los escasos mercados laborales existentes. Si esto ocurre en las escuelas de reciente creación, la profesión entera debería preguntarse sobre su inserción en la esfera pública y si en este terreno antropólogos gubernamentales y académicos mejor deberían estar unidos.

Aparte de constituir ya un interés común de supervivencia, buena parte de los arqueólogos del INAH hacen una especie de intervención aplicada en los sitios que trabajan, lo que ha inducido a un cambio desde una mentalidad patrimonialista hacia una más preocupada por involucrar a las localidades, comunidades y municipios, al punto de que la gestoría se ha venido a agregar a sus exigencias profesionales. No obstante, y a diferencia de los demás, han conformado una Red Mexicana de Arqueología (RMA) que los articula y les da un sentido cada vez más académico a su trabajo, no obstante que siga concentrado en el INAH y algunas universidades –México y San Luis Potosí–, así como un colegio –el de

Michoacán–. La propia revista *Arqueología Mexicana* posee una peculiaridad digna de destacarse: acaso no sea una publicación del todo academicista, pero a cambio comunica a la arqueología con un público muy amplio de lectores –la revista se vende en muchos quioscos–, lo cual los mantiene presentes en la esfera pública. No se puede decir lo mismo de otras revistas, tan sólo consultadas por los propios especialistas.

Por último se encuentran los programas de posgrado. Éstos se han generalizado en universidades, colegios, institutos, escuelas. El CIESAS estimula que cada una de sus sedes tenga una maestría y, de ser posible, un doctorado. Se puede discutir la calidad de cada programa, pero en mucho depende de las exigencias de evaluación del Conacyt, pues todos apuntan a conseguir reconocimientos y, con ellos, becas estudiantiles y otros emolumentos en caso de que el programa sea de “nivel internacional”. En esa tarea, el personal muy calificado del CIESAS resulta descolante, pues todos buscan cubrir los requisitos de la membresía en el SNI con cursos, tesis dirigidas y asesorías. Esta práctica es ampliamente compartida por todos sin excepción. Por medio de sus escuelas (ENAH y EAHNM), el INAH actúa de la misma manera. Y el personal adscrito a muchos más planteles se ha ido capacitando a ojos vistas, al conseguir doctorados y su ingreso al SNI. Podemos, pues, hablar de un efecto uniformador.

¿Antropología nacional vs. antropología mundial?

Desde la publicación del libro *World Anthropologies* (Lins y Escobar, 2006) se ha propagado la idea de que la antropología nacional se hace metropolitana o parece ahogada bajo el auge de la globalización en vigor. Algo así como si la antropología fuera una mercancía de exportación, una cosificación innecesaria –hablamos de conocimiento–, pero de cara a la élite antropológica. Nada así ha ocurrido desde entonces, aunque es característico de la élite moverse en redes internacionales de investigadores, si no es que se han hecho estudios de posgrado en las antropologías de orientación mundial. Sin embargo, en contadas excepciones tales estudiosos han emprendido trabajos de campo de larga duración en otras latitudes y aplicado métodos comparativos de algún tipo. Eso sí, existen contados casos de investigadores mexicanos que se han colocado en Brasil, Chile y Estados Unidos.

Al principio de este artículo mencioné de pasada el fracaso de la Escuela Internacional de Arqueología y

Etnología Americanas (1910-1935), seguida de la fundación de la ENAH, que hasta ahora persiste (Rutsch, 2007; Villalobos y Coronado, 2003). Tan sólo decirlo provoca la idea equivocada de que sus orientaciones eran en principio excluyentes. La orientación diferente de ambas fue real, mas ello no impidió imbricaciones entre ambas a través de las redes maestros-alumnos. Las primeras generaciones de la ENAH se acostumbraron pronto a un profesorado extranjero, que incluso atrajo los primeros egresados hacia sus proyectos (Faulhaber, 2011). Esto habría continuado si no hubiera ocurrido el conflicto con los exiliados españoles, que derivó en una xenofobia nacionalista que se siguió alimentando por razones de competencia profesional –Juan Comas iba a la dirección de la ENAH y Ángel Palerm a la del Museo Nacional de Antropología–. Finalmente, en 1968 las cosas se llevaron al extremo intolerante de expulsar a excelentes maestros, y lo que la ENAH perdió lo ganó la Escuela de Antropología Social de la Universidad Iberoamericana, que más tarde se convertiría en Departamento de Antropología, cuyo doctorado fue encabezado por Palerm y Arturo Warman (Téllez-Girón y Vázquez, 2013).

¿En verdad es un dilema tajante aquél de ser o no internacionales? A mi juicio, el problema está mal planteado. No se trata de decidir entre una u otra orientación, sino que el desafío consiste en hacerlas combinables de la mejor forma posible. Para empezar, las buenas y malas ideas producidas en otros contextos seguirán siendo trasplantadas a México por *brokers* intelectuales –caso de la época en que era un puñado la gente que salía al extranjero–, pero más aún por sus intérpretes –y cultivadores– locales. Hoy cualquier investigador con estudios suficientes se encuentra en capacidad de hacerlo y no sólo de imitar esas ideas. Qué tan correcta o no sea su interpretación es materia de otra discusión. La globalidad digital ha hecho de este intercambio masivo de información un asunto acuciante, dada su vasta magnitud. Éste puede ser un factor que haga ver el problema como crucial. Uno siempre padecerá la sensación de quedarse atrás, al olvidarse de la importancia del estar aquí. Sin embargo, aparte de ese problema de actualización resulta claro que la antropología siempre ha sido una disciplina universalista, con un sentido metropolitano. Basta con ver la literatura que el viejo Museo Nacional reunió por intercambio durante años para darse cuenta de que las antropologías mundiales de los imperios siempre han estado allí para su lectura, y de que, a nuestro modo, seguimos apelando a tal literatura, aunque

a veces el encierro nacional aparente ser una jaula de oro comodísima.

Tan grave resulta ignorar a propósito el conocimiento generado afuera como suponer que la producción nacional entera resulta mediocre. Por desgracia –y de seguro por su costo– el INAH dejó de publicar sus *Anales*, que entre otras cosas daba cuenta de la producción antropológica del momento. Hoy esa labor divulgativa debería recaer en los dos colegios profesionales, el CEAS ya mencionado y la Sociedad Mexicana de Antropología, pero ésta yace tan aletargada que no publica siquiera las memorias de sus congresos. En cambio, el CEAS ha optado por el formato de revista, al informar en su boletín sólo de los eventos venideros. Además –hay que decirlo con sus letras–, a causa de los conflictos citados, la antropología mexicana quedó fracturada como comunidad, fractura que sigue las líneas institucionales y a los dos colegios profesionales opuestos. Sólo hasta fechas recientes, en los primeros dos congresos del CEAS, se ha visto la creciente asistencia de investigadores del INAH, pero no es suficiente. Tampoco resulta conveniente para el interés general de la profesión que se rebaje a unos como marginales y se resalte a otros como *mainliners* o *mainstreamers*, los cuales serían la *crème de la crème* antropológica –lo que he llamado la “elite académica”–, casi toda proveniente de la UIA. La contribución escrita por los investigadores del INAH es tremenda –ella sola basta para llenar varias revistas al año, lo cual de hecho ocurre–, lo mismo que en el CIESAS, y no existe universidad ni colegio del que no se diga lo mismo.

Ya sea porque el SNI ha estimulado esta práctica o porque el mercado laboral es tan reducido que la exigencia de publicar resulta obligada para hacerse de un lugar en él, el punto es que no se puede simular menosprecio alguno. Si no fuera por toda esa variada literatura especializada, todos nos encontraríamos en serios problemas. Además, como ya dije, así se hace por lo común la antropología, con esa labor cotidiana y paciente de mucha gente. Es de lamentarse entonces que no hagamos lo que los historiadores, los cuales consignan todas las publicaciones recientes de su disciplina en el *Boletín del Comité Mexicano de Ciencias Históricas*. Usualmente hallamos en él eventos, presentaciones de libros, convocatorias y, en su última entrega digital, incluso un enlace al *Catálogo de tesis de historia 1931-2011*.

Esta última mención me lleva al asunto de la literatura gris de las tesis, que rara vez son publicadas. La labor del INAH –y en menor escala en los certámenes del CIESAS Golfo y El Colegio de Michoacán– para premiar-

las años tras años resulta meritoria porque hace visible esa literatura a todos los niveles: licenciatura, maestría y doctorado, incluso como nuevas publicaciones. Pero asimismo resalta la carencia de catálogos generales. Ésta fue una labor que se inició en el INAH (Montemayor, 1971), se mantuvo en la ENAH (Ávila *et al.*, 1988), siguió con una pretensión latinoamericana en el CIESAS Golfo (García Valencia, 1989) y luego se extinguió, hasta que la UIA la revivió para exhibir su propia producción (Pérez y Arce, 2012: 500-515); por último, el CIESAS de Occidente usó algunas contribuciones de sus alumnos para celebrarse, si bien no se trata de ningún catálogo (Villarreal y Preciado, 2012). A pesar de que en las reuniones de la Red MIFA se ha mencionado esta carencia, no contamos con un catálogo nacional de tesis de antropología en todas sus especializaciones profesionales y niveles. Hacerlo no representa una mera cuestión de elaborar bases de datos y generar “bibliobase estadísticas”. Entraña un asunto mayor. Como lo saben en el Conacyt, se trata de un indicador de la eficiencia de los programas educativos vigentes. Pero hay mucho más implicado. Según sostengo, es una expresión del interés de conocimiento real de los nuevos profesionales. Por ejemplo, en muchos posgrados hay también una marcada tendencia a seguir y repetir conocimientos convencionales, que suelen ser los de moda. En ese sentido he logrado apreciar cómo los comités de premiación optan por lo convencional y menosprecian la innovación, presente en las tesis más singulares y novedosas, que son precisamente las desechadas.

¿Es que la ciencia normal no es pertinente? O, por el contrario, ¿es que nuestra elite ha producido tal revolución científica al estilo kuhniano como para dejarlo todo y adoptar su nuevo sentido de pensar la realidad? Que yo sepa nada así ha ocurrido, y la actividad normal es persistente, acumulativa y necesaria en varios sentidos. Por eso toda investigación empieza por una revisión de la literatura previa, de toda índole. Sin embargo, resulta innegable que algunos investigadores destacados sí han generado programas de investigación que han atraído a otros para imitarlos. Con todo, son programas muy simples y para consumo doméstico. Acaso los genios brillen por su ausencia, si bien me inclino por apostarle a las masas críticas de investigadores cooperantes. Además, mucha de la trascendencia latinoamericana de pensadores mexicanos provino de la antropología gubernamental –quiero decir, de los intelectuales políticos en nuestra profesión– y del impacto que provocó el Fondo de Cultura Económica (FCE)

en los países hispanohablantes en momentos difíciles en el aspecto político. Tal parece que se conjugaron varios factores a su favor. Comoquiera, se leyeron e influyeron en Latinoamérica y España, y hubo casos en que se les tradujo a otros idiomas. Conviene pues no jactarse de nuestro metropolitanismo *per se*.

Esto me lleva a un asunto planteado por Poblocki (2009) en respuesta al ideal de una “comunidad transnacional de antropólogos” de Lins y Escobar (2006). Poblocki sale en defensa del supuestamente provinciano conocimiento antropológico nacional, al hacer una referencia especial a la importancia de la historia económica y etnología polaca y húngara. Aparte del idioma, en las antropologías dominantes se les ignora desde el (des)uso de la lengua vernácula. Muestra entonces las jerarquías del conocimiento antropológico según la región y según la falta de interés recíproco desde los nichos superpuestos en el mercado global de conocimiento. No opera en ellos ninguna heteroglosia: es pura ignorancia asimétrica. Con privilegiadas excepciones, se reconoce que el paradigma nacionalista también ha aportado conocimiento. Es el caso de Immanuel Wallerstein (1979 [1974]), quien leyó a Franz Fanon al parejo de los historiadores polacos. Se infiere pues que su teorización sea producto de logros locales y logros metropolitanos del conocimiento comprensivo y crítico. Ése es el camino indicado. Si hay que entrar al escaparate internacional, la antropología mexicana en conjunto debería fijar una agenda con sus intereses de conocimiento y, si es preciso, negociarlos afuera. Así como debemos esforzarnos por comprender los contextos e ideas ajenos, es posible que busquemos los nichos indicados para comunicarlos lo mejor posible.

¿Comunidades ideales, reales o virtuales?

El caso del indigenismo es digno de mención en este contexto. En sus días de auge nunca se habló de una “comunidad transnacional”, aunque su resonancia latinoamericana lo recuerda. Ante todo fue una creación de la antropología gubernamental, que en sus mejores momentos influyó en procesos similares en varios países que no sólo imitaron la política social implicada, sino varias de las ideas que la inspiraban. Por supuesto que resulta pertinente distinguir entre el indigenismo del campo interamericano –o sea, el propagado por el Instituto Indigenista Interamericano, que muy pronto fue controlado por el Departamento de Estado estadounidense– y el campo propiamente mexicano –esto es, del

Departamento de Asuntos Indígenas y luego del INI-, ya que el primero sufrió inconsistencias –“ambivalencias”, las llaman Giraudo y Martín-Sánchez (2011)– que el segundo enfrentó mediante ajustes internos y cierta dosis de soberanía nacional. Del conflicto de 1971 –en que los antropólogos sociales jóvenes cuestionaron su cometido aplicado y único– surgió un INI renovado, hasta que en 2003 ya no fue capaz de regenerarse. Es significativo que desde entonces se hayan creado instituciones multiculturales inspiradas en ideas foráneas, en especial provenientes de Canadá y la Organización Internacional del Trabajo (Vázquez, 2010).

¿Cómo fue que el INI sobrevivió durante cinco décadas cuando las instituciones multiculturales han entrado en decadencia en una sola? Claro, resulta obvio mencionar el sostén gubernamental, que fue también el que, al menguar, dio al traste con la institución entera. Pero hablo aquí de las ideas que forjaron su espíritu de cuerpo, tan caro al pensamiento de Gonzalo Aguirre Beltrán –y es posible que sea de nuevo la impronta de Alfonso Caso–. Un hecho poco sopesado es que él mismo procuraba adaptarse hasta cierto punto a los cambios de ideas. A ello atribuyo que haya hecho el último recuento bibliográfico del campo indigenista mexicano mediante un repaso de todas las publicaciones con el tema indígena hasta 1975 (Aguirre, 1978).

Sin embargo, también hizo otra cosa loable. Estimuló y mantuvo una “Colección de antropología social” de cerca de cien títulos, donde aparecieron tanto investigadores nacionales como extranjeros. A finales de la década de 1980 el INI, apoyado por el Conaculta, reimprimió esa colección, ahora renombrada como “Presencias”. Pero algo estaba fallando ya en el mecanismo de reproducción de ideas indigenistas, en vista de que las contribuciones originales fueron desapareciendo. Es muy probable que la crisis profesional ocurrida en 1971 resquebrajara a la comunidad de indigenistas que debía al INI una entrega incondicional. El espíritu de cuerpo de la “época de oro” dejó de tener sentido para la profesión. Vino con ello la fragmentación, a modo de una diversificación de temáticas de estudio cada vez más de interés académico. Sólo el Programa Universitario México Nación Multicultural de la UNAM ha conseguido unificar las ideas multiculturales en torno a su colección “La pluralidad cultural de México”, con 25 entregas.

El conflicto por la orientación general de la antropología social (García Mora y Medina, 1983-1986) fue en general apreciado de manera positiva por sus prac-

ticantes, ya que por una parte favoreció la pluralidad de enfoques y temas de estudio –antes los temas eran en exclusiva indigenistas o etnológicos– y por otro lado indujo a generar instituciones cada vez más académicas. Todavía en sus inicios (1973-1974) el CISINAH, bajo la dirección de Palerm, insistía en atender “los grandes problemas nacionales”, una frase aplicada por Andrés Molina Enríquez, uno de los iniciadores de la antropología social en México, y que desapareció del lenguaje profesional durante el proceso de academización que sobrevino luego de 1971.

Resulta llamativo entonces que los organizadores del III Congreso Mexicano de Antropología Social y Etnología –a celebrarse en septiembre de 2014– hayan vuelto a usar esas palabras, urgidos por la multiplicidad de problemas del país. También hablan de una presunta “comunidad antropológica mexicana” que, aparte de la docencia, también comparte la preocupación por esos problemas. Ya que no existe consenso sobre cuáles son esos problemas, queda claro que tal comunidad deberá ser construida por algo más que congresos que en forma momentánea crean una comunidad virtual, pues esto exige una mayor institucionalidad. No deja de ser preocupante que mientras que el CEAS busca abrirse a todos, los investigadores del INAH celebren aparte su octavo congreso. Resulta innegable que estas celebraciones aún son sólo para miembros, pero se revela que no existe un sentimiento comunitario recíproco, ni siquiera virtual.

En realidad tampoco hay consenso respecto al rumbo de la antropología, y da la impresión de que no se encuentra en nuestras manos fijarlo. Los dos rumbos iniciales se mantienen a condición de abstraer cuál será el futuro de las generaciones estudiantiles arrojadas por esa treintena de escuelas, facultades, institutos, colegios y centros de investigación. La ruptura ocurrida entre los antropólogos críticos y tradicionales marcó esos dos caminos. En cierto modo la distinción entre la antropología gubernamental y la antropología académica viene de antes, la cual coincidió con la muerte de Alfonso Caso. Así ocurrió que Ángel Palerm se erigió como provocador de instituciones académicas (Vázquez, 1998), mientras que Guillermo Bonfil y Arturo Warman se adentraron en las instituciones gubernamentales para reformarlas en distintos sentidos, algunos de ellos muy controvertidos. Para haber sido funcionarios públicos, las credenciales académicas de ambos eran impecables y fuera de México cobraron una fuerte resonancia. Como intelectuales políti-



cos claro está que veían con preocupación el proceso de separación de la antropología de los deberes de Estado. No obstante, como segundo director del CISINAH, y en plena transición al CIESAS, resulta paradójico que haya influido tanto en volver a la temática indígena –que no indigenista– y que ésta sea hoy uno de los emblemas de la institución. Es obvio que ya había investigadores dedicados a ello, mas no fue un giro radical.

¿Hubo un proceso de conocimiento análogo desde la antropología académica hacia la gubernamental? Hasta aquí he mostrado que ambos campos se entrelazan en varios puntos, pero en otros de plano se disgregan. El tema del patrimonio cultural y su administración es aún exclusivo del INAH, y en ese sentido Bonfil cumplió funciones de mediación a fin de introducir reformas (Vázquez, 2003: 334). Con Warman la antropología gubernamental llegó a un punto culminante y sus funciones de mediador fueron menos claras, aunque atrajo a muchos profesionales al INI y otras instituciones (Vázquez, 2014). Sin embargo, personajes como ellos desaparecieron y con ello sobrevino la carencia, si no de intermediarios, al menos sí de interlocutores en dominios clave de interés para la profesión entera. A cambio, la carrera académica se convirtió en básica –“ciencia básica”–, si bien reducida por entero a los méritos conseguidos en las trayectorias individuales, si esos méritos pueden ser o no vitales para el país o lo deciden otros académicos que se reconocen en el espejo. Por lo tanto, resulta complicado responder a la cuestión del conocimiento puro con un impacto conductual significativo. Si lo hay en calidad de consultoría, no es de los alcances que se obtuvieron en otras épocas en que la antropología tenía una presencia pública destacada en ámbitos que no sólo fueran libros, artículos y ponencias de interés para la propia academia.

En el presente esta disgregación individual implica una ausencia correlativa del espíritu de cuerpo que existió en el INI, y que en el INAH persiste con ras-

gos anacrónicos. La fundamentación de una comunidad profesional efectiva, que rebase las constancias de asistencia a congresos sólo para puntualizarlas, es un reto que valdría plantear a modo de interés de supervivencia de la profesión en conjunto. No se trata de una mera ocurrencia de mi parte. Mucho del éxito académico de lo que he llamado la elite antropológica se basa en una especie de espíritu corporativo sustentado en su origen profesional común y una suerte de ideología armónica compartida a propósito de su fundador.

Conclusiones

El siglo de surgimiento profesional de la antropología mexicana ha resultado multifacético y muy rico en su creatividad interna, pero encara problemas que conviene discutir con seriedad. La oposición, tajante en sus inicios, entre una antropología gubernamental y una académica se mantendrá porque involucra a dos instituciones ya constituidas, amén de un universo variado de universidades y colegios, no todos con funciones de investigación, pero sí de docencia. Desde luego que esas funciones seguirán en vigor, pero lo que aquí importa son los miembros de esas instituciones y cómo interactúan. En la perspectiva provisional que ofrezco, percibo puntos de intersección que pueden ser de colaboración y aproximación. Las instituciones, como han mostrado la Red MIFA y la RMA, no son motivo para mantenerse fragmentados, sino que pueden y deben verse como nichos donde están activos los profesionales.

Otro desafío en perspectiva consiste en mantenerse en el horizonte nacional o perseguir el internacional. En realidad no se trata de materia de elección, sino de una desiderata. La “solución óptima”, dirían algunos. El punto es que no hemos sabido apreciar el valor de que estamos aquí, en un país motivo de interés internacional por las más diversas razones. Sin embargo, aun si nos restringimos a lo estrictamente an-

tropológico, debe destacarse que ese interés externo requiere de nuestra experticia. Que académicos extranjeros se comporten como si los logros internos fueran despreciables no debería importarnos tanto, pues también hay investigadores mexicanos que actúan de igual modo ante los aportes externos. En realidad lo que importa es encontrar los puntos de confluencia y comunicación adecuados, ya sea participando en colaboraciones o, de plano, pensando en llevar a nuestras revistas a otro nivel más allá del reconocimiento del Conacyt.

Por último está el siempre complicado asunto de superar lo mejor posible los conflictos del pasado y buscar la cooperación, a pesar suyo. Mientras algunas generaciones antropológicas de uno y otro bando tenían plena conciencia de los diferendos y agravios, las actuales los han ido dejando en los anaqueles de la historia profesional. Quizá no haya que olvidarlos del todo, porque también se aprende de ellos, pero tampoco hay que darles un papel central en las interacciones profesionales. Son éstas las que importan, no lo mal que nos hemos llevado hasta hoy. En todo caso esas rupturas son un constante recordatorio de que pueden volver a ocurrir en el futuro.

Bibliografía

- Aguirre Beltrán, Gonzalo, "La antropología social", en *Las humanidades en México 1950-1975*, México, UNAM, 1978, pp. 545-644.
- "Antropología y prácticas profesionales diversas", en *Boletín del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales*, 2013.
- Ávila, Agustín, Fausto Martínez, Beatriz Quintanar y Marta Tello, *Las tesis de la ENAH. Ensayo de sistematización*, México, ENAH-INAH, 1988.
- Escalante, Yuri (ed.), *La experiencia del peritaje antropológico*, México, INI, 2002.
- Faulhaber, Priscila, "I Instituto de Antropología Social (EUA, Brasil e México): Um Artefato da Resposta Antropológica Ao 'Esforço de Guerra'", en *Mana*, vol. 17, núm. 1, 2011, pp. 9-39.
- García Mora, Carlos (ed.), *La antropología en México. Panorama histórico*, 15 vols., México, INAH, 1987-1988.
- García Mora, Carlos y Andrés Medina (eds.), *La quiebra política de la antropología social en México*, 2 vols., México, UNAM, 1983-1986.
- García Valencia, Enrique Hugo, *Catálogo latinoamericano de tesis de antropología*, México, CIESAS Golfo, vol. I, 1989.
- Giglia, Ángela, Carlos Garma y Ana Paula de Teresa (eds.), *¿Adónde va la antropología?*, México, UAM, 2007.
- Giraud, Laura y Juan Martín-Sánchez (eds.), *La ambivalente historia del indigenismo. Campo interamericano y trayectorias nacionales 1940-1970*, Lima, IEP, 2011.
- Krotz, Esteban y Ana Paula de Teresa (eds.), *Antropología de la antropología mexicana. Instituciones y programas de formación*, 2 vols., México, UAM/Red MIFA/Juan Pablos, 2012.
- Lins Ribeiro, Gustavo y Arturo Escobar (eds.), *World Anthropologies. Disciplinary Transformations within Systems of Power*, Oxford/Nueva York, Berg, 2006.
- Montemayor, Felipe, "28 años de antropología", tesis, México, ENAH-INAH, 1971.
- Pérez Lizaur, Marisol y Tania Arce Cortés, "El programa de posgrado en antropología social de la Universidad Iberoamericana (1980-2005)", en Esteban Krotz y Ana Paula de Teresa (eds.), *Antropología de la antropología mexicana. Instituciones y programas de formación*, México, UAM/Red MIFA/Juan Pablos, 2012, vol. II, pp. 431-516.
- Poblocki, Kacper, "Whiter Anthropology without Nation-State? Interdisciplinary, World Anthropologies and Commoditization of Knowledge", en *Critique of Anthropology*, vol. 29, núm. 2, 2009, pp. 225-252.
- Rutsch, Mechthild, *Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1929)*, México, INAH/UNAM, 2007.
- Téllez-Girón, Ricardo y Luis Vázquez León (eds.), *Palerm en sus propias palabras. Las entrevistas al Dr. Ángel Palerm Vich realizadas por Marisol Alonso en 1979*, México, CIESAS/BUAP, 2013.
- Vázquez León, Luis, "Quo Vadis Anthropologia Socialis?", en Guillermo de la Peña y Luis Vázquez (eds.), *La antropología sociocultural en el México del milenio. Búsquedas, encuentros y transiciones*, México, FCE, 2002, pp. 50-104.
- _____, "Ángel Palerm y la institucionalización de la antropología social en México", en *Alteridades*, vol. 8, núm. 15, 1998, pp. 167-184.
- _____, *El Leviatán arqueológico. Antropología de una tradición científica en México*, México, CIESAS/Miguel Ángel Porrúa, 2003.
- _____, "El indigenismo ha muerto. ¿Viva la gestión étnica empresarial?", en *Multitud y distopía. Ensayos sobre la nueva condición étnica en Michoacán*, México, PUMC-UNAM, 2010, pp. 181-219.
- _____, "Historia de la etnología. La antropología sociocultural mexicana", México, Primer Círculo Editorial, en prensa.
- Villalobos Nájera, Hugo y Rodolfo Coronado Ramírez, "La Escuela Nacional de Antropología e Historia, un proyecto académico-político, 1938-1981", tesis de licenciatura en antropología social, México, ENAH, 2003.
- Villarreal, Magdalena y Julia Preciado (eds.), *Dilemas, debates y perspectivas. Ciencias sociales y reflexividad*, México, CIESAS de Occidente, 2012.
- Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, México, Siglo XXI, 1979 [1974].